

Hans Küng: legado y balance de una obra teológica

Lluís Oviedo Torró, OFM

Pontificia Universidad Antonianum (Roma)

E-mail: loviedo@antonianum.eu

Recibido: 25 de abril de 2021

Aceptado: 3 de junio de 2021

RESUMEN: El fallecimiento de Hans Küng ofrece una buena ocasión para revisar no sólo sus aportaciones, sino todo un periodo histórico, casi áureo, de la teología centro-europea y que marcó una época. Conviene reconocer primero los estímulos que hemos recibido de ese programa teológico, y que sorprendentemente conectan con aspectos del magisterio del Papa Francisco, antes de revisar sus límites y ofrecer un balance. Küng invita a un ejercicio constante de empatía teológica y al mismo tiempo su obra nos recuerda los problemas que plantea toda teología liberal.

PALABRAS CLAVE: Hans Küng; Iglesia católica; teología del siglo XX.

Hans Küng: Legacy and balance of a theological work

ABSTRACT: The death of Hans Küng offers a good opportunity to review not only his contributions, but an entire historical period, almost a golden era, of Central European theology. It is convenient to recognize, first, the stimuli that we have received from this theological program, which surprisingly connects with aspects of Pope Francis magisterium, before reviewing its limits to offer a balanced account. Küng invites a constant exercise of theological empathy; at the same time his work reminds us about the problems that raises every kind of liberal theology.

KEYWORDS: Hans Küng; Catholic church; theology of the 20th century.

1. Introducción

Hubo un tiempo en el que existía una especie de “panteón teológico” formado por grandes figuras del ambiente centroeuropeo, sobre todo de lengua alemana, y unos pocos franceses. Yo me formé en los años 70 muy influido por esas figuras míticas, y por la sensación de insignificancia ante aquellos gigantes. El mito crecía a medida que avanzábamos en nuestros estudios y nuestros profesores magnificaban esos grandes nombres. Había también en ellos un componente de lucha, de tenacidad ante los ataques y celos, de heroica resistencia ante la adversidad, y de reconocimiento tardío. De algún modo compartían la suerte de los profetas: incomprendidos al principio, suscitando resistencias y oposición, pero después la historia les hizo justicia, y al final triunfaron casi de forma kenótica: “el que se humilla será exaltado”. De hecho, ellos hicieron el Concilio Vaticano II, a ellos les debíamos sus aportaciones más novedosas y significativas.

Se respiraba también un aire de inferioridad cultural asociado a esa admiración: ese panteón marcaba las distancias y la lejanía con el resto de los mortales; prácticamente vivían en otro mundo, pertenecían a otra época, aunque

varios de ellos estaban aún vivos. Se expresaban en una lengua arcaica, el alemán, que aprendíamos los que queríamos iniciarnos en los secretos más profundos de la fe. Era como si del tiempo de los dioses hubiéramos pasado al de los héroes –es decir los teólogos de los años 70, de la teología política y de la liberación– para llegar al tiempo de los comunes mortales, es decir, cuando la teología dejaba de contar y de alimentar las noticias, para pasar a vivir de viejas rentas y sin acabar de encajar en nuestro propio mundo. También a este caso se podría aplicar el título de un famoso libro de la socióloga francesa Danièle Hervieu-Legér: *La fin d'un monde*¹. El final de una época dorada de la teología, algo que ya pertenece al pasado y que, como otras muchas cosas, sólo cuenta por lo que fue, y no por lo que es o será.

Hans Küng era seguramente miembro también de ese panteón, cierto entre los más jóvenes, y seguramente el menos integrado. Pertenece a la misma generación que Joseph Ratzinger, un compañero de Facultad en Tubinga. Ambos vivieron de lleno esa dinámica de grandeza, aunque también fueron testigos de su paulatino

¹ D. HERVIEU-LEGÉR, *Catholicisme: la fin d'un monde*, Bayard, París 2003.

ocaso. Puedo imaginar a esos dos grandes de la teología centroeuropea cenando juntos en un atardecer en Castel Gandolfo al final del verano de 2005, sintiendo la nostalgia de los buenos tiempos que fueron, cuando esas grandes figuras eran respetadas y admiradas. Bueno, ciertamente la sensación sería distinta para quien era un famoso teólogo disidente, y para el anfitrión, que había sido elegido Papa sólo unos meses antes, quizás como una culminación de aquel grupo tan especial. En todo caso, ya no era lo mismo, y no sólo por el motivo obvio de una pérdida de prestigio y relevancia de la teología en el panorama cultural contemporáneo, aunque ahora subía con Ratzinger al solio pontificio, sino por el hecho para mí claro de la pérdida de hegemonía de la teología y del pensamiento alemanes, que han dejado de ser el punto de referencia obligado para todo el que quiera desarrollar una teología al más alto nivel. Todavía recuerdo la fascinación que me producía la lectura de esos grandes autores y su gran influencia en la teología de finales del siglo xx, y que se prolongó incluso más allá.

De todos modos, la muerte de una figura insigne de la teología del siglo xx como Hans Küng nos ofrece una ocasión única para hacer un balance de su obra, y en general

de su época, y para “mirar hacia atrás sin ira”, sin reproches, y con poca nostalgia, a la luz de lo que vivimos e intentamos hacer ahora los profesores de teología, con toda modestia, lejos del panteón de los divos, pero conscientes de lo que supuso todo aquello, sacando lecciones útiles, y tratando de proseguir nuestro camino. El privilegio de la historia es que nos vuelve a todos testigos del pasado y nos ofrece una visión mucho más amplia que la que pudieron tener quienes vivieron algunas décadas antes.

En este artículo voy a intentar reflexionar sobre algunas aportaciones de Küng, es decir lo que cabría reivindicar como su legado, así como lo que hemos aprendido desde entonces y se vuelve útil para una teología para hoy y para mañana, necesaria en la configuración cultural en que nos encontramos.

2. Una herencia disputada

Küng fue una figura muy discutida durante su vida, así que no debería sorprender a nadie que se siga discutiendo sobre él después de su muerte. Lo cierto es que con él la teología volvió a ser un conocimiento disputado, es decir, que avanza a partir de las *quaestiones disputatae*, y no de forma serena y

lineal. Lo mejor de la teología casi siempre se da dado en un ambiente dialéctico o de grandes diatribas que agudizaron el ingenio de muchos y sirvieron para avanzar la reflexión incluso más allá de los márgenes confesionales.

He leído unas cuantas notas necrológicas sobre Küng estos días, algunas muy extensas. En general le rendían homenaje y resaltaban el significado de su obra y su talante polémico que siempre trató de construir por su cuenta, pero aportando de forma positiva al diálogo ecuménico e interreligioso, a la causa de la paz y desde el principio, al intento de mantener la relevancia de la fe cristiana en un ambiente que ya no favorecía su recepción como en otros tiempos. Intentaré a continuación distinguir lo que considero sus aportaciones positivas, antes de pasar a la revisión crítica. Una última sección nos debería ayudar a comprender la diferencia entre el estilo teológico que practicó Hans Küng y el estilo que se impone hoy, o mejor se insinúa, después de medio siglo de evolución y grandes cambios.

2.1. *Lo mejor de Küng*

Estoy leyendo estos días la que considero es la obra más importante de Küng, *Ser cristiano*, publicada originalmente en 1974, y traducida

al español pocos años después². Todavía sorprende al lector teológicamente formado por su gran amplitud de miras, su tremenda capacidad de diálogo con la cultura de su tiempo, y de conectar con la sensibilidad de sus contemporáneos. Esa sí era una *teología en salida*, y no una teología ensimismada y autorreferencial, de la que tanto se ha quejado el Papa Francisco, y con razón. Este libro es un ejemplo de teología comprometida con su propio tiempo y ambiente, un caso claro de teología contextual, o que persigue una inculturación consciente de la fe, que ha perdido contacto con sus propios contextos y acaba hablando un lenguaje que pocos comprenden o respondiendo a preguntas que nadie se hace.

Ese es el otro gran punto de fuerza en esa obra: Hans Küng plantea muchas preguntas desde el inicio, y desde mi punto de vista, todas justas y acertadas teniendo en cuenta el panorama en el que vivía este teólogo. La preguntas surgían tanto desde el lado del creyente que se plantea en serio su fe, como desde el ángulo de la persona que busca o que intenta mejorar las condiciones de todos. Ese ejercicio sólo es posible cuando se cuenta con una facultad esencial:

² H. KÜNG, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid 1977.

la empatía para ponerse en el lugar del otro y para percibir sus dudas y ansiedades, sus cuestiones y dificultades. Una buena parte de la teología reciente ha pecado de 'autismo teológico', y que no es sino una consecuencia de esa recaída en lo autorreferencial, incapaz de empatizar y de comprender los motivos y sensibilidad de aquellos con quienes convive. Küng ciertamente no compartía dicho síndrome, sino que era un buen conocedor de la mente y el corazón de los hombres y mujeres de su tiempo, con los que trataba de empatizar y de comprender sus motivos y sus dudas. Pocos teólogos de su generación llegaron tan lejos en ese ejercicio, que además era profundo y conectaba con las fibras intelectuales más sensibles de entonces.

Conectando con el punto anterior, otro gran mérito salta a la vista en la obra de Küng: su capacidad para analizar y discernir los signos de los tiempos a un nivel profundo. Ávido lector de los grandes filósofos de la modernidad y de los intelectuales de aquellos años, Küng ofrece una lectura impresionante de sus aportaciones, sintetizando de forma magistral sus indicaciones sobre la época que vivían, y desarrollando un fino discurso crítico, o bien una hermenéutica, a menudo de tono caritativo, de los

autores que le sirven como guías y maestros para entender el propio ambiente, sus anhelos y esperanzas. La erudición filosófica de Küng es admirable, y desde luego este sí que es un ejercicio de diálogo entre fe y razón que debiera haber deleitado también a su colega Ratzinger, quien reivindicó toda su vida académica y en su magisterio pontificio la necesidad de empeñarnos en dicho diálogo, de trabajar mucho para mostrar el carácter razonable de la fe.

A las últimas consideraciones se suma otro gran tema de la obra de Küng: su no disimulado tono apoloético. No estoy seguro de cuántos colegas lo aprecian como un mérito, para mí ciertamente lo es, y más todavía en unos años en que mermaba tal esfuerzo y venía a menos dicho programa teológico, pues parecía que ya no hacía falta, ya que la fe se movía en otro espacio, el que marca la revelación, y no necesita defenderse o justificarse ante ningún tribunal de la razón o de la cultura. Es una lástima y una gran pérdida. Küng fue uno de los últimos y de los grandes –quizás sólo igualado en el campo protestante por Pannenberg– que se tomó en serio las objeciones del ambiente intelectual más exigente a la fe cristiana y dedicó mucha atención a responder a las mismas, a argumentar a favor de la fe y a

contrarrestar los efectos disolutivos de la crítica.

En otro orden de cosas, Küng fue un audaz explorador, alguien que no evitaba riesgos y peligros a la hora de encontrar las mejores respuestas y de adecuar la fe cristiana a su tiempo, a cada momento histórico. De hecho, esos riesgos entrañaban la posibilidad de equivocarse, de errar, algo que hay que asumir. Seguramente en otras décadas esa actitud no se entendía de forma meritória, todo lo contrario. Ha sido el papa Francisco quien ha valorizado esa búsqueda de nuevas propuestas y experiencias, aún a riesgo de equivocarse, pues quien no prueba y se arriesga nunca se equivoca, pero tampoco ayuda a mejorar o a impulsar la evolución necesaria para todo organismo social.

Si pasamos a los contenidos, más allá de las cuestiones de estilo, saltan a la vista algunos temas ya desde las primeras páginas de *Ser cristiano* y que me parecen claramente premonitorios. Por ejemplo, la cuestión sobre la redundancia o el carácter superfluo de la fe cristiana en las sociedades occidentales y que ya habrían integrado el bagaje cristiano, secularizándolo. Es la vieja tesis hegeliana de la 'superación' del cristianismo (*Aufhebung*) al haber alcanzado la mayor parte de las metas que se le

asociaban, o que sugieren el tema del "Reino de Dios".

Pero lo mejor de su análisis es –desde mi punto de vista– la crítica de las ideas o expectativas de distinto tono que alimentaban en los años 70 las conciencias intelectuales mejor informadas, y que se concretaban a menudo en un marxismo renovado que invadía las universidades y los ambientes de la *intelligentsia* europea, también mi ambiente formativo a mediados de los años 70. Küng conecta con una crítica que se estaba madurando en aquellos años y se anticipa a la demolición de todo aquel sistema intelectual que se produjo unos años más tarde con la eclosión de los *Nouveaux Philosophes* en Francia y de otros movimientos críticos que no eran sospechosos de reaccionarios³. En cierto modo sólo un teólogo, es decir, sólo alguien que ha aprendido a distinguir entre Dios y lo que es su creación, entre lo absoluto y lo contingente, podía ofrecer una crítica tan aguda y certera de los movimientos políticos y sociales de su tiempo.

Creo que una de las frases más importantes y citadas en la primera parte de ese libro fue: "Los reformadores liberales y los desengañados revolucionarios se dan cita

³ Me refiero sobre todo a André Glucksmann y Bernard Henri-Lévy.

ante la tumba de sus esperanzas”⁴, una frase que merecería ser grabada en piedra, y que denota una conciencia de los límites con los que se enfrenta la humanidad en sus incesantes búsquedas para mejorar la condición de todos. Este es un buen recordatorio ante las nuevas versiones de esperanzas intramundanas basadas en el desarrollo científico y tecnológico.

De forma más positiva, Küng reivindica en sus obras la necesidad de plantear de forma intelectualmente honesta la cuestión de Dios. Tanto en este libro como en su otra gran obra *¿Existe Dios?* el teólogo insiste en la urgencia de recuperar la cuestión de Dios de forma radical, conectando con lo mejor de la reflexión filosófica y respondiendo a las cuestiones que asaltan a muchos a la hora de aceptar la fe religiosa. Se trata, creo, de una reivindicación, de una grandeza: plantearnos la cuestión de Dios debe estar en el centro de una teología bien informada y dialogante con el pensamiento y la cultura del propio tiempo. Está claro que esa cuestión parecía no tener demasiado espacio para una teología centrada en la Revelación, y para la que el tema de Dios se daba por supuesto, y no asumía ese tono problemático al que había que responder.

⁴ KÜNG, *Ser cristiano*, 60.

2.2. Límites y correcciones

Varios comentaristas han señalado tras la muerte de Küng que éste era un hombre con una misión, una convicción que daba propósito y sentido a su vida: recuperar el significado positivo de la fe cristiana para una generación para la que ya no era evidente dicho valor. Tal objetivo implicaba para Küng un esfuerzo de adaptación de dicha fe, de las normas que se le asocian, y todavía más de las instituciones que la representan y median, es decir, de la Iglesia. Diríamos que para el teólogo había un desfase bastante evidente entre la herencia cristiana, con sus grandes valores que todavía seguían vigentes, y más tras constatar la precariedad de las alternativas que estaban en boga, y su expresión o su percepción por parte de muchos, sobre todo de los mejor formados, con quienes Küng sintonizaba. Su misión no era otra que actualizar la fe cristiana de forma que pudiera resonar todavía en un ambiente en que parecía haber pasado de moda, sobre todo para los círculos intelectuales más exigentes.

No se me ocurre otro paragón en ese contexto que el de otra gran figura de la teología en lengua alemana dos siglos antes, en el momento crítico de la Ilustración: Friedrich Schleiermacher, y su famoso escrito apologético *Die Re-*

den, o “Charlas sobre la religión” que llevaba como subtítulo “Discursos a sus menospreciadores cultivados”⁵. También aquel exponente de una teología renovada buscaba responder a quienes consideraban que la religión, incluido el cristianismo, ya había sido superada y que una persona de cierto nivel intelectual debía más bien desestimarla; se trataba incluso de una pose estética: ser cristiano se antojaba como algo de mal gusto en los refinados ambientes que frecuentaban los ilustrados de entonces. Tengo la impresión de que Küng vivió una experiencia parecida, y también sintió la obligación de adecuar la fe cristiana, de expresarla de un modo que pudiera convencer a los descreídos de su tiempo, a quienes pensaban que ya no servía y que estaba francamente superada.

Es muy laudable el esfuerzo de Küng, y probablemente la adaptación que trató de hacer de la fe para convencer a sus contemporáneos más exigentes tuvo grandes méritos, pues tuvo que utilizar los lenguajes, las categorías de los intelectuales de los años 70, jugar su mismo juego, con sus mismas reglas, pero, como sucedió a

Schleiermacher, dicha operación implicó algunos costes e incluso una cierta devaluación de la propuesta cristiana para hacerla más digerible o aceptable a quienes les costaba tanto entenderla o percibir su valor.

Teniendo en cuenta este cuadro general, creo que debemos ser más indulgentes a la hora de juzgar la obra y el programa que desarrolló Hans Küng en aquellos años, pues se trataba de una propuesta de renovación –al menos al nivel teológico– motivada por la búsqueda de relevancia de la fe. Si dicho programa funcionaba, es algo que podemos y debemos revisar cuatro décadas después de la forma más objetiva posible. No sé si esta operación puede parecer demasiado pretenciosa o incluso anacrónica y pedante, pues es relativamente fácil desde nuestra perspectiva valorar obras e ideas producidas casi medio siglo antes. Sin embargo, creo que se trata de un ejercicio no sólo legítimo, sino también necesario, sobre todo por un motivo: porque la misma distancia histórica y crítica que gozamos nosotros también la compartía Küng en estos últimos años: él también pudo seguir el paso del tiempo y los grandes cambios culturales posteriores. Debemos aprender de forma práctica de los

⁵ F. SCHLEIERMACHER, *Sobre la religión. Discursos a sus menospreciadores cultivados*, Tecnos, Madrid 1990.

resultados de las propuestas que se han ido dando.

Ante todo, pienso que Küng planteó su obra teológica en clara competencia con ideologías y sistemas de pensamiento que amenazaban con desplazar a la fe cristiana y volverla completamente irrelevante. Entiendo que su tarea en ese sentido fue magistral, pero insuficiente. Es cierto que Küng fue de los pocos teólogos de su generación que prestaron atención en sus análisis a Max Weber y a los sociólogos posteriores que intentaron describir el ambiente cada vez más secularizado que se vivía en Europa Occidental. Ahora bien, al leer esos análisis tengo la sensación de que este teólogo no acabó de entender dicho fenómeno y sus vastas implicaciones sociales y culturales. Era mucho más fácil enfrentarse a los grandes sistemas de pensamiento de su tiempo, que afrontar el efecto de vacío que dejaba el avance de la indiferencia o desinterés religioso, cuyas causas y desarrollo tenían poco que ver con las ideologías con las que se midió. Esta fue una carencia no sólo de Küng, sino de casi todos los teólogos de los años 70 y 80, que no entendieron el problema de la secularización, lo confundieron con la cuestión de la emancipación de los medios humanos y de los sistemas sociales, y se sin-

tieron completamente descolocados ante el creciente vaciarse de las iglesias, y la deserción de los estudiantes de teología.

Küng trataba de identificar los obstáculos que hacían más difícil creer para allanar el camino y posibilitar un encuentro más fructuoso con la fe. Ante todo, la mentalidad que cabría asociar con el modelo de 'cristiandad' debía ser superada, algo que creo no cabe discutir. Sin embargo, pudo cometer el mismo error que la mayor parte de teologías liberales, desde Schleiermacher: al intentar adaptar la fe cristiana al estilo del pensamiento y la sensibilidad modernos, se acaba por descuidar o relegar aspectos importantes del anuncio cristiano. Dicha tendencia suele provocar una 'secularización interna', como describió Peter Berger, en aquellos mismos años⁶.

El problema es que cuando el diagnóstico es menos acertado, los remedios que se proponen suelen fallar en su objetivo principal. Küng daba por supuesto una cierta persistencia de la mente religiosa, apoyado en algunos estudios sociológicos⁷, y si acaso un cambio de funciones de la religión en las sociedades avanzadas, y duda-

⁶ P. BERGER, *Para una teoría sociológica de la religión*, Kairós, Barcelona 1973.

⁷ Cf. KÜNG, *Ser cristiano*, 68-72.

ba de algunos de los indicadores usuales de crisis religiosa, como la caída de cifras de asistencia a actos religiosos. Tengo la impresión de que seguía confiando en que el sentido religioso era una especie de constante, y que lo que fallaba eran las formas o la presentación del mensaje cristiano y la estructura de la Iglesia. Los años siguientes produjeron sobrada información y datos para afinar mucho mejor ese diagnóstico, y para ajustar las propuestas teológicas. No estoy seguro si Küng se adaptó al nuevo contexto o bien siguió preso de sus primeras impresiones.

El tema general apenas señalado se tradujo en varios motivos. Uno central fue cristológico, en el que no voy a entrar pues va más allá de mi competencia, pero tengo la impresión de que su propuesta en torno a la figura de Cristo adolecía de los mismos defectos que la mayor parte de las cristologías liberales; es decir, se perdió en consideraciones sobre la interpretación histórica más convincente, en lugar de plantear la memoria de Cristo de forma más radical (en sentido dogmático u ortodoxo) para que pudiera resistir mejor el ímpetu secularizador, y de subrayar su valor salvífico, algo urgente para quienes necesitan afrontar con su ayuda graves crisis y dolores.

Algo similar ocurría con el tema de la Iglesia, a la que dedicó bastante atención y algunos libros. Ciertamente la Iglesia necesita siempre reforma y no es inoportuno recordarlo, pero a la luz de los acontecimientos que explotaron desde el inicio del nuevo milenio, es decir de los muchos abusos sexuales cometidos por el clero, no parece que el problema fuera de excesivo autoritarismo, como se quejaba Küng, sino de todo lo contrario, de falta de autoridad a la hora de imponer un mínimo de disciplina en sus filas; dichas faltas de disciplina denotaban un claro déficit de autoridad en la institución. Desde mi punto de vista el error mayor de Küng en sus propuestas de reformar la Iglesia es que partía de una idea muy idealizada de la misma, es decir, poco realista. El teólogo que trataba de mejorar las cosas y que se preocupaba por la 'estructura' podría haber hecho acopio de los estudios sobre instituciones o la teoría de la organización y de la gestión para aplicarlas a la Iglesia, que entre otras cosas también es una gran institución sujeta a las condiciones y límites de esos cuerpos sociales.

3. Hans Küng, su universo teológico y el nuestro

Volvamos al planteamiento inicial. Habría que aplicar un poco de lo que en inglés llaman *Cultural Studies* al ambiente teológico en el que surgió y creció la obra de Küng, y sus repercusiones mediáticas, su amplio impacto, lo que cabría llamar “el fenómeno Hans Küng”. Está bastante claro, por ejemplo, cuánto le afectaba cierto sesgo que describió de forma magistral otro gran teólogo paisano suyo: Hans Urs von Balthasar bajo el título de *Afecto anti-romano*⁸. En realidad, el sesgo –hablo por experiencia– no es sólo anti-romano sino de desconfianza ante todo lo que no es alemán, sobre todo si procede del sur de Europa, que es sistemáticamente desestimado como algo de nivel inferior. No puedo ni imaginar cómo se sentirían Küng y quienes le siguen, al ver que intenta corregirlo un insignificante profesor de teología que se mueve entre España y Roma. ¡No existe! ¿Cómo se atreve? ¿Quién se ha creído que es? De hecho, creo que ese es el principal problema de aquella teología, demasiado segura de sí misma, demasiado encerrada en su propio universo cultural e incapaz de dialogar y de abrirse a estímulos y correcciones desde otras

perspectivas, o simplemente a partir de los datos empíricos que van dibujando un panorama cambiante ante el que es necesario reaccionar y adecuar el anuncio cristiano. Pero esa es una tarea que hoy no puede ser llevada a cabo por un solo teólogo, por muy importante y erudito que sea, sino que requiere un gran trabajo de colaboración e intercambio entre colegas, y también un ejercicio transdisciplinar y de atención a disciplinas auxiliares, como nos recuerda el papa Francisco en las páginas programáticas de la *Veritatis gaudium*.

Por supuesto que ha terminado la época del panteón teológico y de los divos de la teología del siglo xx, y se impone otra forma de hacer teología y de afrontar los retos de nuestro tiempo. A eso nos animó como ningún otro Hans Küng, y ese es su principal legado, que invita a superar el autismo teológico y a ejercer una empatía efectiva en relación con las personas de nuestro tiempo, para poder conectar con ellas nuestro anuncio evangélico. Esa atención a lo concreto requiere hoy un trabajo de campo mucho más modesto y de carácter empírico como paso previo cuando tratamos de transmitir un mensaje que cuesta comprender, pero que a menudo conecta con las fibras más sensibles del corazón y la mente humanos de todos los tiempos. ■

⁸ H. URS VON BALTHASAR, *Der antirömische Affekt*, Johannes Verlag 1989.

¿Por qué Dios?

Análisis de los fenómenos religiosos

Rodney Stark

¿Por qué la mayoría de las personas estamos vinculados a algún tipo de fe? ¿Por qué nos atrae la religión? En este libro, Rodney Stark analiza qué es la religión, qué hace y por qué es un rasgo universal de las sociedades humanas, abordando todos los temas religiosos, incluidos el monoteísmo, el descubrimiento del pecado, las causas de la hostilidad y del conflicto religioso, y el papel de las revelaciones.



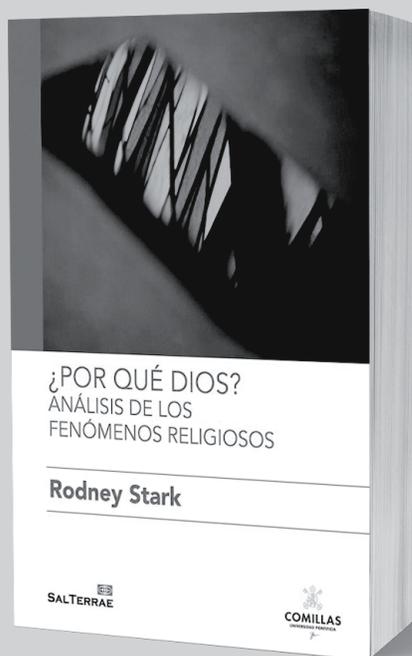
¿Por qué Dios?

Análisis de los fenómenos religiosos

Rodney Stark

ISBN: 978-84-293-3027-4

Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2021.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950